

El paso de la muerte

Miguel Angel Cuevas Guinto

Todos los derechos reservados © 2013

**Prohibida la reproducción total o parcial de esta
obra**

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total, así como su distribución con fines de lucro, sin autorización por escrito de su autor. Se autoriza únicamente la reproducción de pasajes específicos en publicaciones de carácter educativo, periodístico, crítico o académico, de acuerdo con lo contemplado por el artículo 148 de la Ley Federal de Derecho de Autor en México, la United States Copy Right y legislaciones homólogas del resto del mundo.

PREÁMBULO

SOÑANDO

Al abrir los ojos, el Alex se dio cuenta que estaba sentado en una silla metálica, único espectador en medio de sillas interminables perfectamente ordenadas. En el lugar se apreciaba la decadencia, suciedad y pobreza de un circo de carpa raída cuyo esplendor de años pasados quedó malogrado en las innumerables enmendaduras. La carpa iluminada por hileras de luces amarillentas de focos que tiritaban al ritmo desacompañado de un generador lucía solitaria. Por un momento prestó atención, tuvo la vaga idea de que el espectáculo iniciaba. Aguzó los sentidos esperando oír bombos y platillos anunciando la llegada de los artistas: Los payasos desfilando en la fiesta mojiganga, los cirqueros realizando saltos y piruetas prodigiosas, los animales inclinándose agradecidos de los aplausos. Fueron segundos de ansiosa espera que dieron paso a la decepción, quiso ponerse de pie y salir del lugar, mas siguió atrapado en su asiento; no supo entender si seguía sentado por obra de un maleficio o porque realmente no lo intentó, porque muy en el fondo esperaba el espectáculo del circo de carpa vieja y remendada. Y efectivamente el espectáculo inició. En el centro de la

pista jaulas vaporosas adquirirían su forma férrea, dentro de ellas las fieras gruñeron quedamente, luego ensordecedoras dieron a conocer su presencia. El Alex las miró asombrado; en contraste, las fieras presas en las jaulas de acero se miraban nimbadas, no de carne y hueso, fieras semejantes a las que se vislumbran algodonosas flotando en las nubes cambiando de formas una y otra vez, sin más regla y patrón que el de un diseño estrafalario y caprichoso. Las fieras de las jaulas, como las fieras de las nubes se transformaban, la metamorfosis le sorprendió gratamente; de niño su abuelo le enseñó a reconocer los animales del mundo mirando las nubes

En una jaula, un elefante se transformó en buey; la forma paquidérmica se difuminaba de su forma original para hilvanarse como enorme copo de azúcar que es moldeado por invisibles manos, hasta que de pronto dejó de ser elefante para apacentar cual manso buey. La función prosiguió, en las jaulas los leones mutaron en osos, las jirafas en camellos; al final todos se transformaron en dragones de alas tan maltratadas y remendadas como la propia carpa del circo. Los dragones extendieron las alas y levantaron vuelo a través de su prisión; siguió el vuelo de los dragones por nubes y montañas hasta un solitario y grueso roble adonde las fieras míticas llegaron en forma de regias águilas. El circo ya no existía, sólo la montaña y su árbol solitario que lo atraía irremisiblemente. —¡Estoy soñando—. Se dijo. Y se dispuso a abandonar la

placidez de la montaña, la perfección de una vida que tiempo atrás decidió dejar. Él vivía de la realidad, y, si, vino a estas tierras es porque creía a fe ciega en lo que podía ver y palpar. Cerró los ojos y maldijo, sabía perfectamente que cuando despertara, nada recordaría o nada le interesaba recordar.

Libro primero
El Alex
San Diego California

El movimiento amodorrado del Alex semejaba al letargo de los grandes saurios cuando la falta de calor les produce un estado semejante a la hibernación, se deslizaba lentamente, se negaba a abrir los ojos para alargar la placentera sensación de vigilia; acarició su largo cuerpo en el mullido lecho; dilatando aún más la hora de poner los pies sobre el piso. Aletargado y somnoliento se negaba despertar del todo; la luz y los sonidos del día, sólo acicateaban el sueño, negándose a salir del placentero estado de letargo que le producían las mañanas frescas. Aspiró, y lo llenó vital el dulzón aroma a sexo que inundaba la habitación; su sangre fluyó fogosa, chispazos eléctricos recorrieron

centellantes su sistema nervioso, en tanto lo urgía placentera una erección.

Se deslizó al borde de la cama hasta quedar sentado. Había dormido como un bendito; se lo merecía, después de cumplir en su totalidad los compromisos del día y de la cama; en un ritual de todas las mañanas estiró los brazos bostezando, por último se restregó los ojos, parpadeo repetidas veces. Aclarando la vista miró a la mujer que seguía dormida, pensó en despertarla pero su mano se contuvo antes de sacudirla, mas no pudo contener el placer de mirarla y la descubrió en su totalidad retirando de un jalón la fresca tela que la cubría. Dormía sin duda; la conocía bastante bien. Se complació mirando la blancura de aquellos muslos, prosiguió hacia el delicado vientre de niña, saltándose de puro placer el pubis apenas poblado; sin poder contenerse observó la suave prominencia sonrosada, perfecta, tan perfecta y avasalladora, que un vacío doloroso se aposentó en el bajo vientre; sin poder resistir la contemplación de semejante compendio de placer, retiró la vista para posarse en un rostro de niña que lo conmovió, combinación perfecta con los apenas respingados botones rosas.

Se restregó fuertemente la cara; las abluciones de agua fría terminaron por quitarle la persistente tentación de regresar a la cama y calmar la urgencia de su juventud, también quitaron los remedos de la somnolencia; siempre tenía sueño en las mañanas

frescas; sin saberlo le agradaban, creía saber que en las mañanas la vida era mucho más fácil y más agradable, también pensaba que a medida que transcurría el día, el mundo se ensuciaba del humor de la vida y se poblaba de criaturas extrañas e invisibles; en las que por supuesto había dejado de creer mucho tiempo atrás. Iba a cerrar la llave del lavabo. El chorro de agua al caer produjo un cristalino y acogedor sonido musical, música de agua que salpica y corre entre las peñas de lejanas montañas. Fue débil al ataque de melancolía y quiso beber un sorbo, un sorbo que trajera de regreso lo que pensó dejara atrás, lo que en ocasiones recordaba; sensaciones perdidas que de fugaz manera daban de vuelta por su cabeza para perderse de nuevo en el olvido. Se juraba que no añoraba ni deseaba ni cambiaría nunca lo que había dejado atrás por la tierra prometida en la que ahora habitaba.

Formando un cuenco entre sus manos se llevó el frío sorbo a los labios. Una pequeña e inofensiva araña saltó entre sus dedos. Las manos se separaron y escuchó un grito angustioso, que juraría no haberlo exhalado un hombre de su condición, con la toalla se restregó los dedos, las manos y todo aquel lugar donde creía percibir la sensación pegajosa de la seda; cuando estuvo seguro que nada quedaba del insecto, no se libró de un desagradable chicotazo de escalofrío que recorrió cada nervio, cada fibra, cada porción de su piel, hasta terminar en sus mandíbulas que crujieron dolorosamente; quiso maldecir su suerte, quiso maldecir

al pequeño arácnido que había saltado, pero la fobia bloqueaba el sentimiento de la furia.

Trompicando salió del pequeño cuarto de baño, pero volvió a entrar para vomitar en el retrete; ya todo estaba pasando pero no tuvo valor de lavarse en el lavabo, lo hizo en la cocina, averiguando primero que ningún bicho estuviera acechando, para saltarle encima.

En la alcoba la mujer dormía plácidamente; ante el sosiego y la quietud de la durmiente quiso gritar vengativo, pero se contuvo. Miró a la mujer rodar sobre el colchón, agradecida del sueño y el confort.

Abrió la portezuela de su auto; en la otra mano cargaba un voluminoso bulto que apretujó en la cajuela, lo apretujó sañado, desquitándose del mal rato; el golpe de la cajuela lo sobresaltó. No consentía pronunciar ni en el pensamiento el nombre del bicho. Apartaba, borraba de su mente la imagen y la palabra.

Condujo a toda velocidad buscando ser el primero, siempre delante del otro, rebasando sin precaución, cerrándose a los demás conductores. Encendió el aparato de música, buscó una cinta que lo animara: Vicente Fernández. La Ley del Monte; —De la paisanada —dijo suficiente y lo hizo a un lado; buscó otro: Los Bee Gee, Saturday Night Fever. Introdujo la cinta, elevó el volumen, mientras trataba de seguir el ritmo de la música. Un minuto y lo retiró enfadado. Volvió a buscar sobre el asiento nuevas cintas de audio; sus dedos hurgaban cuando se toparon con un objeto

sólido y extraño, nada parecido a lo que buscaba; lo levantó y vio de reojo el grueso y corto bat. Estaba manchado de sangre; de la sangre de un negro desgraciado que se metió donde no debía. Le había dado en la cabeza, pero el maldito la tenía dura y lo siguió golpeando hasta que chilló como puerco.

Lo había llamado su trabajador desde muy temprano, tenía miedo, miedo de los negros que en los últimos días se mostraban más descarados y le enseñaban la jeta por la ventana. Él le había dicho que aguantara, que estaría pronto —No te “apinches” mí Julio —le dijo para infundirle valor —En un rato estoy contigo mi buen —Recalcaba.

Detestaba a los negro ladrones, lo irritaban, lo habían robado más de una vez, asaltado su negocio, llevándose cuanto podían. Al principio le llamaba la atención el histrionismo que desplegaban para engañar, algunos de ellos hablaban perfectamente el español, siempre buscando embaucar tontos que lo permitieran. Donde quiera estaban y en cualquier lugar sus gestos y palabrería no tenían otro fin que sacar provecho de los demás. Recordó la ocasión en que conducía por primera vez. Lo había hecho en compañía de su instructor, un paisano que por algunos dólares le enseñó a manejar; tres días de pleito frente al volante y el acelerador le bastaron para sentirse suficiente y lanzarse solo a las calles. Cuando llegó a Estados Unidos, algunos meses atrás, le habían dicho burlescamente: —¡Si no sabes

manejar, mejor te vas regresando por donde viniste! Pero para sorpresa de todos en tiempo record se hizo de un auto y se ufanaba manejándolo.

Manejaba feliz el viejo vehículo, a más de un paisano le faltaba valor para montarse en un auto y desafiar las leyes de los Estados Unidos. Iba por esas calles angostas de barrio de negros cuando infaustamente rozó un auto estacionado; uno grande y gris, posiblemente abandonado en la calle por su dueño. Un negro le salió al paso reclamando el golpe; el individuo se mesaba el cabello, señalaba la abolladura enarbolando un índice acusador y se golpeaba enérgicamente el pecho; elevaba el tono de la voz reclamando el pago por el daño causado. Así lo entendió sin mucha dificultad y lleno de suficiencia le entregó un billete de veinte dólares, el cual cogió el hombre desapareciendo inmediatamente; en minutos tuvo a su derredor una turba de negros que exigían la reparación del daño; lo jalaba uno, lo empujaba otro; él, abrumado no acertaba a reaccionar; huyó como pudo de aquel negro enjambre, abandonando supreciado vehículo; de aquella malaventura le quedaron las bolsas vacías y el orgullo más abollado que el viejo y feo auto de la querrela. Nunca supo cómo se enteró la paisanada, se rieron a sus costillas a más no poder.

El Alex, creía a pie juntilla que todos los negros; en especial los enormes y voluminosos, ocultaban muy bien la vergüenza de su parentesco directo con los

simios en un diminuto rabo parecido al de los conejos que les brotaba a muy corta edad, precisamente donde debe brotar la cola de todos los animales. Su convencimiento y desparpajo ante este hecho, irrefutable para él, causó algunas hilaridades que le aconsejaron guardarse para sí, la idea del anónimo rabo en salva sea la parte.

El tiempo endureció su carácter, le mostró la nobleza económica de esa tierra, pero también le mostró el lado inhumano que se guarda para los que se enemistan con los dólares. De provinciano torpe, mal vestido, propicio para las burlas y que apenas leía; pasó a intentar forjar (ayudado por su talla) una careta de aventurero malacara que no perdona a nadie; capaz de masticar hierro y escupir ácido; los “centavos” le dan a la gente inteligencia y clase, escuchó alguna vez por ahí esa sentencia; así que procuró traer siempre la cartera repleta de billetes verdes.

Oprimió el freno ante la luz roja del semáforo, las llantas patinaron y la porra cayo dando contra el tablero, con un sonido seco que dejó una marca opaca en el plástico; la tomó nuevamente y la miró un poco más mientras reanudaba la marcha; se dijo así mismo que realmente pesaba el artefacto; con mala intención bien podía dejar a un hombre molido y con muy mala lo dejaba muerto. La porra estaba manchada de sangre de negro; el arma de asalto de los negros, el terror de quienes tenían la mala fortuna de probar su dura

efectividad en carne propia; la calibró, calculó mentalmente su peso y el daño que el golpe causaría en el lomo; si se tenía la suerte de ser golpeado en tal lugar y no en pleno rostro; se sonrió pensando que seguramente el negro cabeza dura la estaría pasando mal. Se dijo que lo merecía. Un collón abusivo que repetía sin cesar: —no más, yes ok—. Elevó la voz de su pensamiento a grados audibles al revivir la escena cuando el negro vapuleado pedía permiso para retirarse, —Se salió de prisa, y por su propio pie —recordó burlón, golpeando sin mucha violencia el asiento del copiloto; ante el impacto la humillada cinta de La Ley del Monte salió defenestrada del vehículo; la preciada voz de Vicente Fernández fue triturada por las llantas de los autos que a esa hora de la mañana circulaban por la avenida Brodway. Sorprendido sólo murmuró una maldición,

Había perdido al Julio, su trabajador le había dicho tajantemente que ni por todos los dólares del mundo trabajaría de nuevo, ni en ese ni en ningún otro lugar. Comprendió que el valor del Julio se terminó ante lo ocurrido. Estaba lleno de pavor, lo veía en su rostro; más de una vez había visto esos ojos rápidos y sin reposo en busca de un invisible refugio, esa boca apretada, dientes trabados en hombres acosados por el miedo; todo hombre que se la rifa sabe muy bien que los hombres que se enferman de miedo ya no sirven para nada. —Qué tanto es tantito —dijo en voz alta.

Lo había encontrado atrincherado, esperando el ataque. Cuando le sonó el claxon al pie de la puerta y lo vio asomar la cara aturdida por el acoso sometido; se dijo que las cosas no estaban nada bien. El Julio no se rajaba por cualquier cosa; los negros lo habían molestado toda la noche, jugaban con él y su escasa estatura. Dijo para sí que el Julio no tenía ninguna oportunidad ante el tonelaje de los negros. ¡Que mi buen, ya estoy aquí!, ¡ya ves que no pasa nada! —el Julio le dijo que se quería ir; él le contestó que aguantara, por dignidad no podían huir como gallinas. Se apoltronó en un cómodo asiento y enfocó al Julio que se mantenía tenso, entonces le dijo comprensivo: —Está bueno, recoge tus cosas y nos largamos, — el Julio respondió que ya estaba listo.

La puerta recibió tres atronadores embates antes de partirse y abrirse de par en par al paso de tres corpulentos negros armados de temibles porras.

Uno enorme, tan alto como el Alex; dos más que lo secundaban, lo suficiente fieros para amedrentar a cualquiera. Pero el Alex no era cualquiera; en su interior, dominado por un espíritu mundano, cohabitaba agazapado el valor de sus ancestros. El gigantesco negro lo arremetió echándole encima sus ciento treinta kilos de peso; el Alex vio venir el brazo, armado de la maciza porra, hubiera podido evitarlo fácilmente; sin embargo detuvo el golpe en pleno vuelo afianzándolo por la muñeca, su sorprendente fortaleza sorprendió a su

atacante; la sorpresa fue su última sensación antes de ser derribado por un mazo en forma de puño que se estrelló en la oreja izquierda; tal fue la fuerza del golpe, que el negro no supo de sí hasta que sus rodillas y manos estuvieron en el piso. Para ese entonces sólo había transcurrido un segundo. Atentamente observó de reojo a la pareja, que incrédulos se mantenían indecisos. El Alex ahora amenazador mantenía la porra en su mano izquierda. La brutal demostración de fuerza y poder y el macizo artefacto en sus manos lo convertían en un rival imbatible; pero el Alex acabó por desechar la indecisión que los mantenía petrificados extrayendo una pavorosa nueve milímetros. Huyeron veloces, sin lealtad, dejando a su compañero de tropelías aturdido, sin la conciencia clara del por qué se encontraba sobre el piso, sangrando por los oídos y zumbándole la cabeza.

La soledad del aséptico lugar lo obligó a consultar la hora; los parpadeante dígitos le atraían más de lo necesario y durante varios segundos quiso hurgar en el escondido secreto del luminoso reloj; un secreto indescifrable y sin sentido que inmediatamente cambió por un ligero golpe de orgullo en el pecho; él tenía uno en su muñeca y lo pavoneaba orgulloso y exagerado. Apretaba un pequeño botón y la hora aparecía como por arte de magia, cintilando entre números rojos, no entre manecillas como cualquier reloj de vago. Comprobó desenfadado lo que temía, era muy temprano, apenas las ocho.

Un amplio espejo le devolvió la alta figura que vestía botas de piel de cocodrilo, pantalón vaquero, cinturón de piel de víbora, camisa a cuadros, lentes oscuros, pelo negro apenas ondulado; la observó retirar los oscuros lentes Ray Ban; unos ojos de niño curioso lo miraron, ojos grandes y negros que parecían llenos de perpetuo asombro; ojos poblados de largas pestañas bajo espesas cejas que entornaba y desfiguraba tratando de darle un aire amenazador. Miró los altos pómulos, la recta nariz, la boca suave y delgada y lo complació; había bastante atractivo en esa combinación de trazos y formas que describían ese rostro atento, simétrico y duro, iba sonreír agradecido, pero el bronceo y fuerte color de la piel se lo impidió.

Empujó la pequeña puerta, y presionó hasta que un metálico “clic” le indicó que había sellado.

Colocó algunas monedas alargando el índice hacia el rojo botón de arranque, a punto de presionar lo retiró; en otra de las máquinas, semejante a blancos y extraños monolitos colocó monedas extrayendo una inusual cantidad de detergentes, blanqueadores y suavizantes. Se tomó su tiempo aplicando grandes dosis —al diablo las instrucciones—, se decía suficiente.

Oprimió el botón, al punto el plácido rumor lo envolvió, atragantándolo de recuerdos que veló de inmediato de su memoria ante la vista de la magnífica avenida Broadway, por donde circulaba el motivo de su momentáneo embeleso. El moderno y costoso auto de

color naranja y negro metálico. Alguna vez escuchó decir que un auto así se llamaba Lamboghini, había pensado en esa ocasión que un coche tan bonito no debía tener nombre tan feo; pero ahora el nombre terminaba por gustarle: Lamboghini sonaba muy bien. Un auto así no podía ni debía llamarse de otra manera; también había escuchado que era italiano, y que sólo los artistas y los negros deportistas tenían lo suficiente para comprarlo ¿Cuánto podía valer?, ¿cien mil?, ¿doscientos mil?, ¿quinientos mil?, ¿un millón?, pero de billetes de verdad, de los verdes, de dólares. Una oleada caliente de auténtico odio lo invadió contra la oscura figura que a lo lejos se perdía conduciendo el lujoso deportivo.

Se sentó lentamente, jurándose que tendría lo mejor, no lo mejor del mundo, ¡lo mejor de los Estados Unidos! Nada lo detendría, todo se le ofrecía abundantemente, él sería capaz de tomar lo que otros no se atreven, metería las manos hasta el fondo del costal del dinero y tomaría lo mejor, dejaría las sobras para los menos ambiciosos, para los que se conforman con cualquier cosa; para los que viven llorando sus carencias y tienen a las puertas de su casa una chatarra que los lleva y trae de un trabajo de cuarenta dólares diarios.

EL DAVID

Algo empezó a incomodarlo, sintió en la nuca la aprensiva sensación de que estaba siendo observado. Buscó a su derredor y se topó de frente con una ardiente y ansiosa mirada; la observó extrañado, la delgada figura al principio lo perturbó como la de un desconocido que lo mira atento; pero ese sentimiento dio paso al disgusto. El David lo miraba febril, angustiado, a punto del llanto; la noche anterior lo había rechazado enérgico. Le había dicho seriamente, dando a su voz inflexiones de empresario, que este era su negocio, que como en todo negocio la mercancía se vendía a su precio, que si no traía efectivo; cash, money, que no volviera, que se largara a jugar centavitos a otra parte. Él era importante en ese negocio, y en ese negocio era importante que no le vieran la cara, no iba permitir que un vicioso pendejo lo desprestigiara.

El David había sido de sus mejores clientes, mucha de su prosperidad se la debía al joven gringo; drogadicto compulsivo, que mañana, tarde y noche le mercaba cantidades significativas de heroína. Al paso de los días y las semanas la pródiga fuente de dólares del David pareció agotarse, los doscientos y trescientos dólares semanales se habían convertido en algunas monedas y promesa.

Ahora parecía que el David envejeciera veinte años en una noche; el rostro sonrosado y terso se había marchitado prematuramente víctima de maligno sortilegio. Sin levantar la vista lo sintió acercarse, no necesitó ninguna advertencia; el imperceptible rozar del calzado de gamuza le advirtió su proximidad; él sabía que se acercaría; le bastó ver la desesperación en el desencajado rostro.

—¡Que tal David! —Le dijo.

Por toda respuesta el pálido joven abrió un puño blanquísimo, de donde surgió una bolita arrugada y húmeda que costaba trabajo identificar como billete de veinte dólares.

—¡Por favor balbució! —el David.

Vio en los azules ojos asquerosamente plagados de lagañas la más mortal súplica; como si rogara por su vida, como si en la mirada dilatada estuviera toda la fuerza, todo el ruego del que puede ser capaz un condenado a muerte; pero también vio la total determinación de la salida desesperada.

Aconsejado por prudente sabiduría aprendida en el constante trato de todo tipo de sujetos capaces de matar o matarse por una dosis, comprendió perfectamente el estado del muchacho.

El constante moqueo, el incontrolable frío que traía metido en los huesos y el exasperante prurito que manifestaba, lo decidieron, después de experta ojeada, a

hurgar hábilmente en la entretela, de donde extrajo un minúsculo envoltorio de látex que dejó caer en el piso.

Lo observó alejarse, lleno de ansiosa rapidez; quién lo abordó interrogante fue su eterna acompañante del mismo aspecto desaliñado del David, de rasgos tan idénticos que cualquiera juraría que se trataban de dos hermanos. La droga los había hermanado de tal modo, que signó el aspecto de ambos de una consternada contrariedad, más que el abatimiento físico, más que las imborrables secuelas; un miedo a flor de piel, habían hecho el uno del otro.

Había aprendido de ellos que nada les era más precioso que la mortal droga; convertían su vida en tiovivo que giraba en torno a su dependencia. Su organismo, la plática, las amistades, el trabajo; meras extensiones encaminadas a aviarse de lo único que tenía sentido y pasión para ellos. Conocía historias trágicas que corrían de boca en boca. Historias de todo tipo de “raza”: güeros, paisano y no paisanos que cayeron abatidos por el mortal vicio. Algunos amanecieron en los callejones tiesos de hambre y frío, olvidados y despreciados por todos; lacras, vómitos de una particular sociedad paganizada, adoradora del poderoso dios del dólar; otros cayeron en una noche de alcohol y libertinaje, bebiendo, fornicando y drogándose hasta reventar el corazón; otros más batiéndose a puñaladas en la arena de la muerte; gladiadores furiosos muertos

en vida, Qué importaba morir de veras Si se moría por la causa de una “cura”.

Él empezaría a cargar sus propios muertitos, los cargaría sin mucho empacho en su conciencia y en su haber; al fin al cabo eran muertitos, muertos por gusto, muertos que habían dejado de ser hombres tiempo atrás; por tal causa eran muertos que no pesaban, muertos que se les podía dejar en el camino. “Nadie les mete cuchillo”. Solían decir los cínicos.

De fuerte golpe cerró la cajuela, donde ahora no encontró espacio para embutir la carga de ropa olorosa y cálida extraída de los feos monolitos que la restregaron y giraron durante tres cuartos de hora. Casi furioso, aventó el crecido bulto en el asiento trasero.

Hizo rugir escandalosamente el motor del negro Cougar, quemando llantas condujo por la amplia avenida; la glorieta de retorno adornada por una hermosa fuente, lo obligó a reducir la velocidad, respiró embriagado de la fresca brisa que lo envolvió al igual que los recuerdos.

EL ABUELO

—¡Lupe, Lupe! Ya levántate; mira que son las seis, ándale muchachito flojo.

El Chiquillo se estiró tratando de desvanecer la pereza, se calzó los guaraches y la raída camisa de mangas tan largas que las enrollaba varias veces. Acto seguido en un ritual conocido por el abuelo se restregó fuertemente la cara y dejaba caer en la cabeza, abundante y fría agua que lo libraría por completo de los saldos del sueño; la faena del campo se encargaría de librarlo del frío que se escurría por su pequeño cuerpo.

Fuera del jacal un cerro a la derecha custodiaba la vereda que llevaba y traía a los que se iban y venían del mundo de los hombres, un camino angosto que también daba acceso a las siete casas de aquella explanada, bordeada del mismo cerro que custodiaba la vereda; las siete casas, en otros tiempos fueron habitadas por hombres que huían de su destino, generalmente sólo ellos y una vieja mujer habitaban tales lejanías.

El cielo brillante y azul, atiborrado de nubes blancas que solían mirarse cuesta abajo; el abuelo Facundo tomó el camino contrario al de la vereda, pero siguiendo el de las nubes; él lo siguió apurando sus pasos de seis años, el abuelo por delante le marcaba el camino tan conocido. Era una manera de protegerlo contra cualquier amenaza; nada ni nadie tendrían la entereza de enfrentar a su abuelo. Sólo días antes les había salido al paso un enorme jaguar; el felino, osado por el hambre de varios días les rugió furioso, el abuelo lo izó hasta uno de sus hombros y avanzó despreocupado; el muchacho se sintió tan fortificado al darse cuenta que desde esa altura,

desde la segura torre de su abuelo, el animal no representaba ningún peligro. El tremendo felino de cien kilos se lamió el brillante pelambre amarillo de pintas negras y cedió el paso respetuoso a un enemigo al que su omnisciencia animal lo señalaba como dueño de una fuerza superior. El abuelo se detuvo como todas las mañanas en aquel pequeño altar; construido de guijarros y lodo. Una cruz hacía suponer una tumba. —¿Aquí está mi abuela? —Preguntó el muchacho. El hombre le contestó. —Tú abuela está en el cielo, aquí sólo está su recuerdo. —El abuelo quitó herbajes y polvo acumulado del día anterior y siguió su camino por veredas angostas y cerros verde marrón tostados por el sol. La cuesta abajo se convirtió en cuesta arriba, y pronto, en una de las partes más altas de la montaña se detuvieron y miraron a lo lejos. Les agradaba esa vista, donde en la gran lejanía, en algunas ocasiones, alcanzaban a distinguir figuras de diminutos navíos que surcaban el océano dejando atrás la ilusión de un imperceptible hilillo blanco. En cierta ocasión su abuelo le señaló la gran culebra que unía el cielo y el mar revolviendo el uno y el otro, los dos miraron embelesados el colosal embudo que a distancia parecía beberse el agua; esa vez su abuelo le había dicho que se trataba de un viejo pleito entre el mar y el cielo; y que en más de una ocasión, la gran manga escupía su agua en algún pueblo, donde seguramente, abundaban bribones y delincuentes, enemigos de Dios y de los hombres. Le contó que él vio una muy grande, sepultar entre agua y lodo un pueblo

entero de malos hombres. También le dijo que no tuviera cuidado, que esas cosas pasaban allá, muy allá abajo; en el mundo donde los hombres se apeñuscaban por millares como las hormigas y los comejenes. — ¿Quiénes son los malos hombres abuelo? —había preguntado el niño. —Los hombres malos —respondió el abuelo sin titubear —son los que traicionan la ley de Dios y de los hombres, son los que matan sin razón, mienten y desprecian a los suyos.

El abuelo se quedó quieto, como si se arrepintiera de lo tanto dicho y se volvió mirando la lejana e hipnótica verde azul planicie que se extendía en la tierra del bajío; pensó en el “allá abajo” donde los hombres sueñan fregar hombres y donde las malas enfermedades se respiran en el aire; vio al pequeño Lupe y una mala corazonada lo invadió; hubiera querido remontar el vuelo, llevarlo a las lejanías, donde la huella del hombre, la tristeza y el dolor no los alcanzara jamás; pero sólo puso su protectora mano en la espalda del pequeño.

Siguieron su camino hacia la hondonada que se habría a sus pies y los estrechaba entre grandes y sombreros árboles que emergían a través de las húmedas rocas, el lugar más fresco del camino; una grande y lisa desprendía un chorrillo de refrescante agua; el abuelo llenaba siempre el bule en ese lugar, decía que de esa enorme roca brotaba el agua más sabrosa del mundo.

En media hora llegaron a una planicie, donde se veían emerger vestigios de una antigua ciudad; a los lados de la amplia avenida se encontraban estelas donde se apreciaban coloridas inscripciones de lo que podía ser un viejo lenguaje; muchas veces la curiosidad los había acercado y miraban labradas y pintadas infinidad de figurillas de muy diversas formas; el abuelo sabiamente le había dicho que eran letras de los antiguos; más adelante impresionaban las esfinges deterioradas de dos colosos amenazadores que resguardaban la entrada de lo que debió haber sido un antiguo asentamiento humano. Atravesaron la derruida ciudad que delataba la pasada presencia del hombre en cascarones de adobe, vasijas por doquier y una construcción piramidal cuyo material había acabado por sucumbir a los arrebatos de la naturaleza.

El muchacho guardaba un profundo y respetuoso silencio por el lugar; considerándolo mágico y lleno de presencias invisibles; más de una vez los miró atravesar el camino a gran velocidad, sabía que gustaban de los arroyos y reír chillonamente; diminutos seres de cuerpo y risa aguda, distantes y deseosos de travesura; siempre hurgaban desde la lejanía; atrás de las cosas, siempre atrás manifestándose de manera elusiva, como lejanas presencias, quizás irreales.

Sólo una vez se atrevieron a delatarse tímidamente; fue una noche que salió del jacal y mientras orinaba un chorrillo vaporoso que zigzagueaba formando trazos en

el polvoriento suelo que brillaba a la luz de la clara luna llena lo percibió cerca tras una piedra; primero fue la sensación de sentirse observado, una presencia que lo atemorizaba y le producía escalofríos en la nuca; aguzó la vista tratando de descubrirlo tras su escondrijo; tomó una piedrecilla y se la arrojó; una más, y sólo sombras agazapadas y la misma piedra que llegaba rodando a su lado; lanzó otra, y de nuevo la piedra llegó mansamente. El vozarrón del abuelo que del interior de la cabaña le recordaba la peligrosidad del jaguar lo llenó de valor y confianza, tomó una larga vara y cautelosamente se fue acercando, escudriñó en la maleza tímido y temeroso; a la defensiva esperaba ver al monstrillo saltar sobre él chillando escandaloso y lanzando dentelladas, pero la cosa aquella sólo saltó sobre la piedra y lo miró abriendo los ojos más grandes nunca vistos; no tuvo tiempo de más, la criatura se perdió velozmente en las sombras de la noche.

El abuelo que sabía percibir su miedo, siempre ponía su gran mano protectora sobre su cabeza serenándolo, entonces respiraba tranquilo. Sabía que nada ni nadie de este u otro mundo lo dañarían estando al lado de aquel hombre.

El abuelo era hombre de buen corazón, grande, muy grande y fuerte, trabajaba en lo que trabajaron su padre Matilde, el abuelo Laureano y sus antepasados, de los que no tenía recuerdos; porque el único recuerdo de los hombres de campo es el de la memoria; y su memoria

sólo se remontaba hasta el día en que encontraron al abuelo Laureano con un avispero de postas en la cabeza y otro en el pecho; hechos que obligaron a su padre Matilde a dejar morir los maizales para dedicarse a cazar hombres día y noche; hasta que en una de tantas noches se lo llevaron a él y a su madre por senderos desconocidos y oscuros como boca de lobo al lugar que sería su nueva casa; pero la madre no conforme, lo llevó lejos, muy lejos de la muerte de su padre, y aún más lejos de los muertos por su padre.

El abuelo Facundo recuerda muy bien a su padre; recuerda la figura amada y respetada de ese hombre alto y cobrizo, de piel semejante a la dura corteza de los árboles de cerro, donde apenas si se arrancaba el fruto a la dura y seca tierra; recuerda sus manos grandes y fuertes; dueñas de una fuerza sobrenatural.

También recuerda a su abuelo; semejante a su padre (si hurgara en un espejo, tan semejante a él como dos gotas de agua), más viejo, pero también más fuerte y audaz; dueño de una descomunal voz. Cuando él hablaba resultaba imposible dejar de escucharlo; cuando gritaba estremecía los Cuatro cerros y acallaba las fieras; de su voz clara y potente, dicen que seguramente le vino la desgracia. En suma, un hombre capaz de enfrentar a las bestias del monte, sin más armas que su fuerza y determinación.

Pero no bastó para defenderse de la celada, de la multitud de hombres que dispararon sus escopetas

contra él, siempre escondidos, temerosos de no darle muerte, temerosos de que se levantara y arremetiera contra ellos; por eso dispararon hasta que se les entumió el dedo, hasta que lo vieron tendido y quieto entre la hojarasca, en un charco de sangre que creció vengativo hasta manchar de rojo indeleble la huella de sus matadores.

Nueve hombres dispararon sus armas para matar a Laureano Armenta, lo mataron porque sabía llamar las cosas por su nombre; lo peor de todo, es que quienes lo mataron, jalaron del gatillo por unos cuantos pesos; pero más que por pesos, decidieron acabar con la presencia de un hombre al que temían, tanto más que a sus opresores, Laureano era para ellos como una mala sombra, una mala conciencia que siempre les echaba en cara el mucho miedo y la cobardía que traían pintada en el rostro.

—¡Laureano está loco!—decían, —el patrón puede tumbar los árboles que quiera; para que los queremos nosotros, si siempre hemos sembrado en la ladera de los cerros, siempre ha sido así, ¿que no le enseñaron sus mayores?

—Él viaja al bajío a vender su cosecha por unos cuantos pesos más, nosotros se la vendemos al patrón que nos hace el favor de llevarla a la ciudad.

Laureano Armenta se murió tentando el aire, adivinando de donde le venían los disparos mientras estos picaban por todo su cuerpo; hubiera querido

quebrarle el espinazo a los cobardes, pero el infortunio y la malaventura decidieron que la primera andanada de postas dieran en pleno rostro cegándolo; cuentan que ya en el suelo, agonizando quebró de pura frustración y coraje una gruesa rama de pino. Mientras echaba el último suspiro. Los matadores escucharon espeluznados el seco tronido de la rama partida entre sus brazos; en ese momento una sensación mortal los sacudió, el mal augurio de su espinazo crujiendo mortalmente.

Matilde, que siempre decía a su padre que dejara a los campesinos en paz, que la gente en nada agradecía, que ellos estaban bien, que no había que buscarle tres pies al gato; cuando supo la muerte de su padre abandonó los maizales, abandonó su casa y se fue a vivir en la espesura del monte. Dieciocho vidas no alcanzaron para pagar la de Laureano, la fiera se había cebado, ni de noche ni de día estaban a salvo; le bastaban las manos para partir en dos a un hombre, siempre que olfateara la sangre de su padre en su huella o en su conciencia.

La leyenda de Matilde Armenta, la fiera de Cuatro cerros no duró mucho tiempo, también lo alcanzaron las balas de hombres extraños, de fuereños que llegaron de otros solares para cazarlo. Hombres bragados pagados por el patrón y el gobierno.

Desgraciadamente para ellos, cuando mataron a Matilde no tuvieron la buena fortuna de dejarlo ciego. Lo encontraron en una de las barrancas; iban a matarlo, por eso le dispararon sin ningún aviso. En silencio,

como se mata en el monte. Matilde sintió las picaduras y vio venir la jauría bajando la barranca.

—¡Le di, le di! —gritaba uno alborozado mientras agitaba el rifle en una verdadera fiesta de ruido y pólvora. Se sorprendieron momentáneamente cuando lo vieron arremeter como un monstruoso jabalí, como nagual horrible de leyenda, mitad hombre mitad fiera. Como Furia vengativa que carga sobre la culpa de los hombres. Se sorprendieron un instante para volver a la carga disparando nuevamente. Una bestia escurridiza que saltaba de un lado a otro. De piedra en piedra, de rama en rama se les perdía por momentos; hasta que lo tuvieron a unos metros; tan cerca, que la docena de hombres se encabitaron y sus rifles dejaron de tronar. El único lugareño que se atrevió a guiarlos se llamaba Refugio; este sólo alcanzó a oír un sordo crujido, nunca supo que fueron los huesos de su cabeza que se partía ante el puño de Matilde; tampoco pudo horrorizarse como quienes lo vieron caer arrojando sangre y sesos por nariz, y oídos. Los disparos atronaron nuevamente, Matilde deshacía cuanto hombre lograba tener a su alcance. Los dedos garrudos destrozaban los nervios, quebraban los huesos de los hombres y de los rifles. Cuando Matilde cayó, no cayó retorciendo una rama, dos hombre se ahogaron entre sus brazos mientras echaba el último suspiro.

Cuatro sobrevivieron, cuatro hombres, quienes a la fecha, el espanto les recorre el espinazo, huyeron

despavoridos de la región; de ese día hasta su muerte vivirían con la sangre helada, ante la visión inenarrable de una bestia que destripó a nueve hombres; negándose tercamente a morir como deben morir los hombres cuando se les da de balazo. Huyeron y siguen huyendo con las vísceras en la garganta, oyendo a sus espaldas crujidos de huesos y alaridos de dolor; viviendo y muriendo en la locura y el tormento de tener a sus espaldas la amenaza de una fuerza sin comprensión ni igual; seguramente a la distancia —si el miedo los dejaba vivir— creerían a ciencia cierta que nada de lo ocurrido fue real, intentarían borrar de su memoria la visión espantosa de hombres partidos en dos, deshilachados como monigotes de trapo, tratarían de conciliar el sueño, apartar las pesadillas. Pero nunca, nunca olvidarían el chasquido macabro de los huesos de un hombre cuando se parten.

Más allá de los vestigios se encontraba la parcela del abuelo, la única que florecía en tan apartado lugar de la civilización, donde sólo algunas chozas convivían en una serranía virgen, que en ciertas épocas del año les pertenecía íntegramente; allí estaba la parcela, la tierra ambicionada, la del sueño de la revolución. Un trozo de duro terreno domado a fuerza de constancia. El abuelo sonrió al ver brillar a lo lejos las tiernas matitas de suave verdor que apenas se habrían frágiles en la dura tierra; aflojada, amasada en sus rudas y grandes manos; de alguna manera, estas, parecían infundir a las semillas de maíz, del milagro que las harían germinar en ese seco

cerro, cuya sola esperanza eran los caprichos del temporal. Muchas veces se preguntó el niño. ¿Por qué el abuelo, que siendo dueño por conquista propia de todo su derredor escogió un lugar tan lejano como su parcela?

La mañana entera la pasaron cuidando el plantío; ni una mala hierba escapó de la aguerrida y acuciosa labor del abuelo, siempre secundado por el escuálido muchacho, ni un insecto se libró de la diligente inspección. El abuelo tenía ojo infalible para la plaga, hurgaba suavemente las delicadas hojas; las enormes manos, tan fuertes y capaces de quebrar el cuello de un toro, acariciaban la tierna mata de manera reverencial. El abuelo, hombre joven no tenía cavidad para más pasiones que el cariño, la compañía brindada por el pequeño muchacho y el milagro industrioso de la naturaleza. Lo embelesaba la magia productiva que lo rodeaba, la inmensa bondad de la vida todo lo abrigaba, todo lo contagiaba, su inteligencia natural de hombre de campo lo proveía del conocimiento y la sabiduría necesaria para comprender a cabalidad los mecanismos mágicos del temporal, del cielo, el sol y la lluvia, sabía que esta magia contagiaba de vida cada milímetro de la tierra.

Ese día el taco fue de fríjol y salsa de chile verde, amacizado por grandes y gruesas tortillas, mercadas a una mujer, que les hacía el favor de venderles o cambiarles lo que le sobraba. Esa mañana a diferencia de otras, el abuelo puso en el improvisado comedor un

envoltorio de hojas de plátano, cuidadosamente liado, del que emanaba fuerte aroma; pronto quedó al descubierto un fresco queso del que partió una generosa porción. El queso suave, olía a campo y leche, leche de las tres únicas vacas que pastaban en tierras tan apartadas de los hombres. El abuelo le había contado que la doña, la mujer del queso, se remontó con veinte animales, cinco gordas vacas, siete gallinas, dos gallos, dos carneros, una mula, dos perros y un gato, cuenta el abuelo que la vio venir por el camino pastando sus animales; parecía una de las tantas sombras que vagan sin rumbo por las veredas de los montes. Se había venido a raíz de la muerte de su marido. Sus hijos se marcharon sin retorno ni agradecimiento tiempo atrás, así que cargó sus pertenencias y en cosa de días ya tenía por techo un jacal abandonado donde rumiar su soledad. A la doña, su abuelo la llamaba Rafa. Doña Rafa, perdió la confianza en los hombres cuando a su marido lo mataron en un pleito de cantina. Venía de lejos, de otras tierras y estaba sola; parió siete hijos, uno a uno se perdieron en la vida sin noticia ni regreso. Un buen día, después del acabo de año de su marido cargó cuanto tenía y se marchó sin avisar ni decir nada, sólo desapareció. Se apareció ella y sus animales en lo alto de los cerros, donde en ocasiones comerciaba con sus aislados habitantes. Ahora de las cinco vacas le restaban tres, el jaguar dio cuenta de dos y los dos carneros, el coyote mató cinco gallinas y los dos gallos; el gato se había alzado, los dos perros se mantenían fieles y la

mula se había muerto de mala enfermedad. El queso que ahora comían y que el abuelo desmoronaba en su plato era de las tres vacas que aún no se comía el jaguar. Doña Rafa con el tiempo se había hecho más del campo y de un buen rifle, con el arma y el escándalo de los perros mantenía a raya al fiero animal que siempre rondaba en busca de una oportunidad.

Lupe vio el esponjoso queso entre los dedos de su abuelo, lo vio desmoronarse húmedo y oloroso, entonces, lo invadió la contradictoria certidumbre, ante la vista de la enorme manaza de gruesos dedos desmoronando el suave alimento, que él, jamás tendría las manos ni la fuerza del abuelo.

—Abuelo, ¿cuándo viene mi mamá? —Preguntó el niño, después de dar un largo trago al fresco bule descolgado de las ramas bajas del frondoso naranjo.

El abuelo suspiró hondo, levantó la vista del plato y miró el cerro y los cerros más allá. ¿Por qué siempre había cerros y montes donde uno cree que termina el mundo? —Quedó de venir por estos días —dijo—, dizque para llevarte y aprendas letras en una escuela.

El niño se asustó tanto que se aferró bruscamente del pantalón del abuelo, exclamando decidido.

—¡Yo no me quiero ir!, yo quiero estar siempre contigo.

El hombre acarició la cabeza del niño con la ternura retenida de los hombres duros que llevan hondamente enterrado un tierno filón en el corazón.

La madre no vino por los días anunciados, ni ese mes, ni ese año; tuvieron que pasar otras tres temporadas de lluvia, para que se presentara, como si se hubiera ido ayer, exigiendo lo suyo.

Bruna Armenta, la madre del niño, la nieta de Matilde, el mítico chacal de Cuatro Cerros, bisnieta de Laureano e hija de Facundo; un gigante perdido en la serranía, desde sus primeros años mostró desprecio por las montañas que la rodeaban, lo primero que hizo en edad de merecer fue embarazarse del primer fulano que le endulzó el oído; a pesar de los años, el recuerdo del hombre que la hizo mujer persistía, su aroma de hombre y sus caricias se mantenían intactas sofocándola por las noches solitarias, antes de que Lupe naciera desapareció sin adiós ni despedida, Salió de madrugada y nunca regresó, Bruna lo esperó esperanzada de su regreso, guardando sus escasas prendas, hasta que supo que había huido con otra mujer, culpó a su barriga, culpó a Lupe del abandono y lo dejó con su padre. Bruna había heredado la fragilidad de su madre y un carácter que sólo sabía endurecerse frente a los suyos y se reblandecía como barro en el agua ante los requiebros de cualquier pantalón errante.

—Papá Facundo, me voy a llevar a Lupe, para que se eduque y se haga hombre de bien.

—¿Qué aquí no somos hombres de bien? —Respingó el hombre, sin ninguna pizca de energía, de modo que el reproche parecía amarga queja; consciente que en aquellas montañas tan queridas, que cobijaron y defendieron su vida y que habían terminado por convertirlo en un solitario armadillo viejo, no podía darle nada, que no fuera un desmesurado cariño que de poca cosa le serviría al niño, para defenderse de las garras del mundo.

El nieto y su parcela, era todo lo que le daba significado a su vida, desde que estuvo allá abajo, con su Gudelia, y su carga de maíz que mercó a buen precio, al precio justo de un Armenta.

—Gudelia se trajo algunos trastos, para acá arriba, según para vivir más decentemente y no como animales, pero también se trajo un mal aire que me la cundió de ampollas repletas de hedionda pus que me la mataron en el camino; cuando en la noche me regresaba en busca de un doctor. Gudelia ardía en calentura arriba de una mula prestada a la que casi cargaba en vilo, en una oscuridad que no me dejaba ver su sufrimiento cuando le venían esos fríos que la colmaban de temblores.

Malhayan los fríos que se fueron, mi Gudelia, ya no volvió a tener frío ni calentura ni nada.

Se prendó de ella tantos años atrás como la edad de Bruna, en una mañana nublada, de llovizna fina que apenas mojaba; la mañana estaba repleta de pericos que graznaban atravesando el pueblo en un jolgorio de

fiesta, la gente se gritaba las cosas ante la alharaca que inundaba el cielo. Él la vio. Delgada; el pelo largo y suelto hasta la cintura. Pasó frente a él. La persiguió con los ojos, justo entonces ella desvió imperceptible la mirada. Vio entonces al hombre más grande que jamás vieran sus ojos. Suavemente lanzaba por los aires costales de maíz, los cuales, uno tras otro se iban apilando hasta formar un alto montón de pesados bultos; decenas de chiquillos lo rodeaban vitoreando la hazaña. Las miradas se encontraron por un instante, un instante que lo conmovió. El corazón pareció detenerse mientras una nube de moscos zumbaba en su estómago; la nube subió hasta su pecho ruidosa, perturbando el corazón, este latió sonoro golpeando las cavidades, en tanto una descarga placentera recorría su cuerpo; un gran costal de ciento veinte kilos se despanzurró contra la pared al chocar violentamente desperdigando el blanco grano. En esa mañana de alharaca de pericos, la música del grano desparramándose y entrechocando se había convertido en la comparsa perfecta de una mañana embellecida inesperadamente; todo su derredor se conjugaba para hermohear el momento; la música del grano produjo por ese único instante el momento perfecto. Tan perfecto que ese instante bastó para que Facundo Armenta diera gracias a Dios y a la vida por esa mañana. Su historia propia, la de sus recuerdos ahora tenía significado. Todo tenía sentido, había andado el camino de su vida para contemplar ese rostro,

esa mujercita caminando que le mostró en sus ojos la puerta del paraíso terrenal.

Nunca tuvo duda del designio de su pertenencia mutua; la mujer delgada de ojos reveladores y larga cabellera marchó al destierro voluntario de los grandes cerros; ella lo siguió sin remilgos, consciente de la no pertenencia de su sino, predestinado desde la mañana nublada de llovizna y graznido de perico a pertenecer a ese hombre que la miraba insistentemente mientras hacía malabares con sacos de maíz.

Facundo Armenta y Gudelia Santa fueron felices en su serrana soledad, la fragilidad de la mujer nunca se quejó de la virilidad felina del hombre; más aún consideraba un privilegio, una joya preciosa la posesión de un hombre de esas características; abajo, en la ciudad, Facundo Armenta sería una posesión notoria, un privilegio codiciado, le parecía que bien valía el sacrificio de la soledad si el premio era la total posesión de un hombre así.

Lo que no sabía la mujer, y nunca lo supo —no tuvo oportunidad de comprobarlo —que para su hombre no existían las mujeres como tal, sino miraban, caminaban o hablaba como aquella que una mañana nublada de llovizna se apareció en su vida.

Parió a Bruna asistida por doña Rafa y su experiencia de siete partos propios y otros más de puercos y ganado, nació una mañana nublada, cabía en la palma de la mano de su padre y cuando tuvo edad le pareció poca cosa el

cerro para sus pretensiones; un día, cuando cumplía catorce años se marchó.

—Si mi Gudelia hubiera estado viva cuando regresaste con el crío, te mata a golpes, yo la hubiera ayudado, pero me lo dejaste prometiendo volver la próxima semana, y cumpliste, pues nunca dijiste, que tan próxima era la semana. —dijo el abuelo.

—¡Lupe, ve arreglando tus cosas que te vas a ir con tu madre! —Tales palabras le sonaron ridículas y sin sentido, posiblemente, sin más fin que disfrazar el dolor que le estrujaba el pecho. —Arregla tus cosas— ¿cuáles cosas? Si cuanto tenía lo traía encima.

A la mañana siguiente salió tras la madre, el abuelo lo acompañó, allí cerquita, no soportó el dolor de la partida.

— ¡Hijo cuídate mucho, en uno de estos días voy a verte. Pórtate bien, obedece a tu madre!

Él no lloró, la promesa del pronto reencuentro atemperó el dolor de la separación. Cuando a lo lejos volvió el moreno rostro de pómulos altos, ojos grandes y poblados, llenos de la ternura infantil de quienes no conocen el mundo de los hombres, el abuelo todavía estaba allí, su figura recortada en el amanecer nublado se le antojó triste y solitaria, tan solitario que se le figuró uno de esos lejanos árboles que por desconocido capricho crecen huérfanos en la cumbre de los cerros, sobreviviendo a las inclemencias del tiempo y al

chicotazo caliente de los rayos. Así se veía el abuelo, solo, sin nadie que lo ayudara, sin nadie con quién compartir el miserable taco del día. Entonces lloró, el dolor le creció en el pecho hasta que le oprimió el corazón, rompiendo los límites de su pequeña resistencia, las lágrimas brotaron silenciosas, convulsivas, amargas, hinchadas de un dolor incomprensible para su corta edad. El dolor de separarse, de lo que más se quiere en el mundo.

Después del mediodía abandonaron los terrenos conocidos por el muchacho, que inmutable caminaba sin escuchar las esporádicas recomendaciones de la madre. Pronto llegaron a veredas más anchas, hasta encontrar una que le pareció anchísima. Su madre lo sujetó fuertemente y lo condujo a la sombra, refugiándose de un sol a plenitud.

Una , dos, tres horas de aburrirse mirando las iguanas asoleándose indolentes en las anchas rocas veteadas de granito, otras se miraban ascender lentamente sobre los secos troncos de los árboles; también veía las tarántulas ocasionales, siempre atentas al leve movimiento de sus redes, observó una grande como naranja moverse veloz como un manojo de pelos rodando al gairete del viento, la vio dar un salto impresionante y caer sobre la presa, a la que le hincó los colmillos, la trampa mortal funcionó a la perfección, el colibrí fue inmovilizado en segundos. Él conocía las tarántulas y toda clase de bichos del monte, el abuelo le

enseñó a no temerles y a conocer muy bien a cada uno de ellos.

Las iguanas huyeron, las tarántulas desaparecieron en concierto tácito, él también quiso huir al percatarse del sordo rumor que vibraba en la tierra. El muchacho no huyó, pero si se abrazó horrorizado a las faldas de la madre, la cual lo rechazaba una y otra vez enfurecida; el chico gritó a su abuelo, ansió su hombro protector; por vez primera en su vida él no estaba para protegerlo del peor de los miedos, de la peor de las bestias que ya rugía amenazadora tras la colina de piedra; rechazado cruelmente de la falda protectora y la imbatibilidad del abuelo ausente, grito, grito con todas las fuerzas de su miedo de niño, volvió a gritar al abuelo, al tierno abuelo, al grande abuelo de toda su vida; apenas se separaban, apenas en la mañana tenía sobre su cabeza la mano cariñosa y enorme que lo salvaguardaba de los peligros del mundo y ya lo necesitaba; lo llamaba pidiéndole ayuda.

Aparecía ya el terrible monstruo de su espanto. La ruidosa e inmensa criatura enseñó primero su descomunal cabeza deslumbrante de sol, venía crujiendo los dientes, enseñando una sonrisa boba, entre grandes patas negras que sostenían y bamboleaban su gran cuerpo. Lupe lo vio acercarse, el miedo demencial lo obligó a buscar nuevamente la falda de la madre, la endeble mujer en esta ocasión no pudo evitar que el

muchacho prendara el anhelado refugio, anonadado oía los desconocidos y extraños rugidos de la bestia.

El camión de carga y pasaje, de elegante razón social: “Servicio Mixto”. Se detuvo. El espectáculo de la madre y el chico batallando había causado la hilaridad de los pasajeros que encaramados en toldos de lona hacían piruetas por mantener el equilibrio en el accidentado terreno. Bruna detuvo de mala manera al muchacho que amenazaba echarse a correr, varias bofetadas le hicieron probar el sabor violento de los golpes y el regaño materno. Ante la renuencia del muchacho a encaramarse en el vehículo, la madre arremetió con una nueva serie de golpes, gritos y amenazas. Varios divertidos pasajeros ante los intentos fallidos de la madre, lo tomaron sin delicadeza.

El pueblo estaba pintado de triste pobreza, pero al niño se le antojaba inmenso, lleno de gente que iban y venían. Se instalaron en un miserable cuarto sin más moblaje que un catre, una mesa y una silla y un fogón. Muy pronto descubrió Lupe que su madre llevaba hombres por la noche, cosa que al igual que el monótono e incomprensible sonido del catre le mataba el sueño. También supo que su madre nunca se preocuparía por enviarlo a la escuela para que fuera “hombre de bien”. A medida que pasaron los días, Lupe iba entendiendo lo poco que significaba en la vida de aquella mujer; a través de las semanas comprendió el desamor y la falta de atención, sobre los meses tuvo la

vaga sospecha de un rencor sin sentido ni razón. Para ese entonces intuía que lo único que lo salvaba de una diaria paliza, era la larga talla ganada día tras día, que de alguna manera amedrentaban el palo de la madre cuando la bilis y la amargura la atormentaban.

¿Por qué había ido por él hasta los confines del mundo, en busca de una carga pesada e indeseable?, ¿acaso? Se trataba del sentimiento mezquino de tener a su lado con quién compartir, no el pan y la sal, sino los frutos amargos del mundo, ¿el apoyo incondicional de tener junto a ella, a quién irremisiblemente ha de seguir su huella y por consecuencia sus traspiés?, ¿lo trajo consigo desde la segura madriguera de la montaña, para no estar sola?, ¿para no sentirse sola?, en el inaudito egoísmo de tener quien sufriera y padeciera parte de las penas que le correspondían.

En un día de tantos, aovillado a las puertas del lugar donde trabajaba su madre, esperando su salida mientras las tripas maldecían la vaciedad del estómago, las piernas sobre su pecho aprisionadas por sus largos brazos, su barbilla reclinada sobre sus rodillas y mirando fijamente los descalzos pies mecos de mugre escenificaban la triste tragedia del abandono. Mientras entrecerraba los grandes ojos plagados de pestañas. Ocasionalmente se sobresaltaba ante la estridencia de las maldiciones que sin recato se dejaban oír. Más de pronto el sonido alegre de tambores y fanfarrias lo sacaron por completo del ensimismamiento, un ruido de fiesta que

no conocía y que lo obligó a incorporarse de un salto; la caravana daba vueltas en la esquina y avanzaba por la calle. La música y la algarabía provenían de una abollada bocina de latón que invitaba a la fiesta del circo: ¡Acérquense, no les cuesta nada!, admiren el espectáculo más grande del mundo, ¡Circus Hermanos Bross! ¡Los mejores payasos!, ¡las fieras más temibles devoradoras de hombres, la mujer barbada, la niña serpiente, la mujer tarántula, los trapeceistas voladores y el hombre más fuerte del mundo! ¡Mañana a las cinco de la tarde! ¡Primera función un peso!, ¡venga y diviértase!, ¡no falte!

Lupe miró azorado el espectáculo. Por delante los enanos que mortificaban sin respeto a un par de elefantes; jaulas desvencijadas de tigres hambrientos rugiendo desesperadamente; un león que se enseñoreaba dando grandes pasos de un lado a otro de la oxidada jaula, mostrando en sus costillas el hambre de varios días; changos que chillaban y se aferraban frenéticos a los barrotes de su cárcel, dos grandes jirafas de paso elegante balanceando rítmicamente el cuello, ponis tristes que movían a la ternura, hienas sin risas, perros chiquitines, trapeceistas que marchaban saludando mientras el aire ondeaba mágicamente la capa de su atuendo, única traza elegante de un traje salpicado de roturas y falta de brillo; el hombre más fuerte del mundo era un hombre de amplia espalda, gruesas piernas, abultado abdomen, bigote ridículo y un traje ceñido que ruborizaba a las mujeres, marchaba enseñando

gratamente los blancos dientes y saludaba elevando un brazo regordete.

Un circo que literalmente se moría de hambre, pero para Lupe, era el espectáculo jamás visto; allí reconoció por vez primera la existencia viva de los animales descritos y narrados por su abuelo. La nobleza y las grandes orejas de los elefantes voladores, el orangután cuidando niños abandonados en la selva; el león, rey de la selva rugiendo y alborotando su regia melena; la larguirucha jirafa de larguísimo cuello, dando de bocados a las nubes. El abuelo los había descrito y se los dibujó en las nubes y en la imaginación. Alguna vez le había dicho: —Fíjate bien hijo mío, en las nubes habitan todas las formas de las criaturas del señor; durante muchas mañanas él se las mostró en el cielo nimbado, se las detalló tan claramente que adquirirían forma y vida en los amplios parajes de su ilusión. El día anterior había recordado al abuelo como nunca; había prometido verlo muy pronto, él siempre cumplía sus promesas, extrañaba al abuelo, más aún cuando vio sobre la mesa el envoltorio de hojas de plátano liado cuidadosamente del que emanaba el aroma dulzón del queso fresco de la vacas de doña Rafa. Le preguntó a su madre ahogándose de la emoción: —¿Dónde está mi abuelo?

Su madre le contestó casi gozando la respuesta. — ¿Tú abuelo? ¡Tú abuelo ya no se acuerda de ti!

Volvió a rugir el motor, y el auto fue tras la luz verde en impaciente pelea contra otros automovilistas, sentía en carne propia el poder de la máquina de ocho cilindros quemando gasolina y rugiendo al mandato caprichoso del pie en el acelerador; el deleite y la excitación lo embriagaban de una sensación intensa y satisfactoria al conducir el poderoso vehículo; sólo entonces intuía las motivaciones de quienes se hunden en el abismo de las drogas.

Aceleró violento, las llantas chillaron adelantándose intrépidamente en un espacio apenas suficientes, los obligó a frenar colocándose a la delantera, de inmediato salió disparado al encontrar nuevo resquicio por donde colarse.

—Idiotas —pensó al alejarse a toda velocidad.

CORAZÓN DE MARÍA

Entró sigiloso, siempre se movía subrepticio hasta en su propia casa, se deslizó más que caminar, y la vio sentada al borde de la cama, la observó enfundada en el mismo vestido de dormir; su piel blanquísima se fundía perfecta y ligera al fino atuendo, calado de floreadas formas; las pecas en el bello rostro de Corazón de

María, también imperceptibles se extendían por el cuello maculando los apenas abultados senos. Un pie en el piso y el otro lánguido descansaba recogido sobre el suave colchón; estaba atenta sosteniendo un legajo de hojas en las manos, otras amarillas y ajadas yacían esparcidas en la cama; manifestaba una atención obsesiva, una abstracción desconocida en una mujer que parecía carecer de emociones, la vio llevarse la mano a la boca, morder desesperada los nudillo y suspirar hondamente. Un caudal de abundantes lágrimas brotaba de sus ojos.

La historia le oprimía el corazón, se parecía tanto a su propia desgracia, alguien retrató en esos viejos papeles, con letras seguras y legibles la historia de su vida; ¿quién era, el ángel o demonio que narraba en aquellas páginas tanta tragedia y dolor? ¿Quién se atrevió a cantar el sufrimiento silencioso y lleno de vergüenza de su vida? La pobreza, su soledad e indefensión de niña la convirtieron en una víctima propicia de la condición humana. Las tragedias de miseria, traición y promiscuidad no tenían tiempo ni época; veinte, cien, mil años atrás no cambiaba el rol del débil y el fuerte; ella era débil, se ensañaron con su debilidad y aprendió a inmolarse, a vivir al mismo tiempo todas las tragedias de los libros. Era Cenicienta, Cossette, Cándida Eréndira y todas las víctimas que la literatura y la crueldad del mundo habían martirizado. La golpearon, la explotaron y se sirvieron de su cuerpo como si de una cosa se tratara cuando apenas soñaba en hadas y príncipes azules.

La vieja escritura de aquellas amarillentas hojas, datadas un 21 de marzo de 1974, profetizaban su vida en una historia cruenta, narrada sin eufemismos sobre la vida de un indefenso ser llamado María Isabel; abandonada por su madre, explotada y prostituida a corta edad por sus parientes. La arrinconaron en un camastro, invitando por módico precio a probar del dulce fruto de la juventud. Uno tras otro los hombres del pueblo desfilaban al pie del ruidoso aposento, asqueándola, asfixiándola de cuanta suciedad y podredumbre humana era capaz de exudar la ruindad del mundo. Una noche de jolgorio y borrachera, sus parientes brindaban a risotadas por lo bien remunerado de la empresa; ella permanecía en su esquina temblorosa, se arropaba de una sábana húmeda que olía a todos los hombres sucios del mundo; tenía fiebre y locura, en un acto temerario, esperando que inconscientes de licor quedaran en silencio, rodó con sus escasas fuerzas los pesados bidones de gasolina; el oloroso líquido se deslizó por toda la casa, alcanzó poltronas y humedeció cuerpos, ella huyó. Huyó espantada de su temeridad; su acto le acarrearía graves consecuencias, desgracia y furia de sus parientes. Seguramente le harían pagar caro los cinco bidones de veinte litros que derramara en su loca y vengativa audacia; se estremeció al pensarlo y se detuvo buscando una solución, ¡regresar! ¡Negar el sabotaje! ¡Huir, huir lejos de aquel terror! ¡Dónde!, si no tenía a nadie se decía inquieta, volvía la vista desesperada cuando un

flamazo iluminó la noche, la casa de su vergüenza y desgracia por un instante se convertía en un enorme farol, para desaparecer de la faz de la tierra.

La culpa jamás la abandonó. El escrito la llamaba víctima de los hombres y el mundo, ángel vejado por quienes debieron amarla y protegerla, pero ella creía en su culpabilidad, ella creía merecer la esquina, acurrucarse y espera la llegada de los hombres.

Él había marchado en busca de un destino mejor, dispuesto a dejar en el olvido la vida misma; de cuanto había atrás se había desecho, se juró así mismo dejar todo y empezar de nuevo, pero por alguna causa siempre llevó consigo ese manojito de recuerdos, esa traza olvidada de las que jamás intentó leer una línea. La observó largo tiempo leyendo. Él sabía que algo muy profundo la conmocionaba. Ese algo era aquel manojito de papeles, rescatados de los años y el olvido como parte importante de su propia historia; los viejos papeles en realidad poco le importaban, pero algo dentro de él lo forzaba a cargar con ellos; ahora Corazón de María los rescataba de su mortaja literaria; y ahora, muchos años más tarde, por primera vez alguien leía el manuscrito.

Se recostó cansado, se arrellanó saboreando la blandura del sofá; recordó y se levantó fastidiado, retiró un pesado mueble, y descubrió bajo la losa cuidadosamente disimulada, un negro paquete que colocó sobre la mesa de centro.

De todos sus empeños ese era un quehacer aborrecible, era lo único que le fastidiaba, no podía confiar, ni debía confiar en nadie para tal empresa.

Parsimoniosamente se dedicó durante largo tiempo a armar “globitos” cuidadosamente pesados, siempre cuidadosamente pesados a favor de la “empresa”, vio el paquete sobre su mano y no encontró razón ni argumento que lo satisficieran en cuanto al alto costo que significaba el alcaloide; pero allí sobre sus manos, en ese material común y corriente a la vista y el tacto, estaba el secreto de la riqueza, las mujeres, los autos, los dólares, bastaba muy poco de esa cosa para tenerlo “todo”. Encendió el televisor para quitarle tedio al monótono trabajo, le maravillaba, más que la televisión en sí, el control que ejercía a distancia; jamás terminaba de ver un programa, cinco minutos a lo sumo y oprimía delicadamente los minúsculos botones; el placer causado debía ser el mismo que excitaba a los viejos brujos que pasaban la vida entre hechizos, logrando casualmente, torcer la suerte a su favor al despertar la naturaleza dormida de las cosas.

Un canal de noticias hispano soltando una andanada de mensajes. ¡Que le importaban las próximas olimpiadas en Rusia, si Jimmy Carter las boicoteaba, no era cosa que le incumbiera!, ¿Quién diablos era Jimmy Carter?, lo mismo le daba que un fulano Ted Turner, se gastará millones de dólares en la CNN o que los negros de África se murieran de hambre. Otro canal. El Auto

Increíble. ¡Ah! Le fascinaba ese maravilloso coche, pero que estupidez; los coches si hablaran serían dueños del mundo, este es un verdadero maricón. Uno más. Caricaturas. Porquería. ¡El siguiente canal! ¡El espectáculo más grande del mundo! Tambores y platillos anunciando el triple salto mortal. Miró el televisor atentamente, el acto del circo se le metió por los ojos hasta plantarse en sus recuerdos.

EL CIRCO

Aplausos, payasos y risas, muchas risas. Lupe estaba feliz; por primera vez está feliz al lado de su madre, su madre se mira también alegre, caminaban entre gente, ruido y luces; la ilusión de una suerte diferente le sonreía por momentos. El circo. Su madre lo había traído al circo; le había comprado una camisa y él se sentía orgulloso de la prenda olorosa a nuevo. Lo había dicho de una forma tan natural, como suelen las madres dirigirse a sus hijos: —Lupe báñate, que te voy a llevar al circo. —Así de sencillo, y hasta cariñosa volvían a tintinear las palabras mientras cogido de la mano marchaban rumbo al circo, igual que otras madres llevaban a sus hijos.

Allí en el circo vieron a los trapeceistas volar por el aire realizando piruetas que arrancaban alaridos de emoción entre los espectadores; a los payasos tristes reír mientras se golpeaban unos a otros; vieron al hombre más fuerte del mundo mover un pesado vehículo, al que jalaba apretando entre los dientes una cadena de grandes eslabones; lo vieron levantar pesas y levantar mujeres que risueñas se sentaban a los pesados metales; el hombre más fuerte del mundo en verdad era muy fuerte; pero su ceñido traje y su antiestético corpachón lo hacían lucir ridículamente fuerte; allí estaban las fieras hambrientas obedeciendo sin chistar al chasquido del látigo, los ponis y los perros chiquitines saltar ágilmente ante una serie de suertes, mujeres delgadas y en paños menores ejecutar acrobacias dignas de aplauso. Pero también vieron a la Mujer Tarántula. En una carpa aparte, donde un buen número de curiosos se arremolinaban, eran conminados a pasar, mediante el pago de unos cuantos centavos por un hombre albino, de mirada torva, nariz de aguilucho y sumamente delgado, este gesticulaba su perorata entre ademanes y saliva. El hombre estaba desnudo del torso, vestido de una serie de tatuajes en forma de lunas y estrellas que cubrían coloreando el blanco pellejo, incluso la cara y el cráneo rapado estaban tatuados. El albino a viva voz invitaba a pasar y contemplar el terrible monstruo del castigo, el producto de la maldición de una madre.

—¡Pasen señores y señoras, pasen! y contemplen a la mujer tarántula, vean el horrendo monstruo en que

quedó convertido por desobedecer a su madre, ¡pasen!, ¡pasen!, traigan a sus hijos, los del mal camino, los desobedientes, seguro que escarmentarán. ¡Si usted es madre y no quiere ver convertido a su hijo en un bicho horrendo y asqueroso a la vista de todo ser humano!, tráiganlo para que con sus ojos y oídos se den cuenta y escuchen la tragedia de quien desprecio el amor de una madre desobedeciéndola de corazón y pensamiento. ¡Si señores tráiganlo como advertencia al mal hijo!, el hijo perverso no escarmienta por mucho que usted lo regañe y golpee; por un par de monedas su hijo lo pensará dos veces antes de faltarle y desobedecerle. ¡Si señores! — gritaba el hombre, mientras los curiosos se acercaban interrogantes a los conocidos que salían horrorizados de la carpa.

Lupe fue literalmente llevado a rastras hacía el interior. Bruna entregó algunas monedas y le señalaron una raída cortina. Tras la cortina estaba el ser horrendo, el del terrible castigo por faltar gravemente a los padres. En medio de una cama de paja se encontraba el pavoroso monstruo. Una gran tarántula de enorme abdomen de donde emergía la cabeza y las horribles y peludas patas que se agitaban constantemente; la cabeza tenía plasmado el rostro de una jovencita, un rostro extrañamente bello y ausente en aquel cuadro espantoso. Lupe quiso correr ante la visión, pero fue contenido firmemente por Bruna.

La mujer tarántula empezó a hablar con ritmo monótono y sin emoción.

—Yo vivía al lado de mi madre, en las afueras del pueblo, me gustaba jugar y vagar por el campo, estar junto a mis amigos, vivir libre y sin regaños. Mi madre me regañaba porque la desobedecía y no ayudaba en los quehaceres de la casa; siempre me decía, hija no tardes, ayúdame por el amor de Dios, cuida a tu hermano, él te quiere mucho, sabes que está enfermo, no lo abandones, yo le decía siempre. Sí madre. Pero nunca obedecía, mi madre me veía llena de tristeza y rezaba por mí.

Una tarde mi madre me llamó urgente; me dio dinero, me pidió, me dijo, me rogó que corriera por la medicina de mi hermanito que ardía en calentura, que no tardará por amor de Dios, que era cosa de vida o muerte. Yo fui a deprisa, corría por el bosque; feliz del aire y la libertad, no sentía pena por mi hermano. Tantas veces se había enfermado y tantas veces regresaba de su enfermedad. Tras poco rato llegué al pueblo, fui directo a la botica, llevaba el dinero de la medicina de mi hermanito en un puño, les juro que tenía intención de regresar de inmediato. Pero oí jolgorio de feria; me dije que sólo serían unos minutos, sólo echaría un ojo y regresaría; unos minutitos ¿Qué mal podía ser mirar sólo unos minutos?

Cuando regresaba con la medicina de mi hermano, el sol ya se ocultaba, iba temerosa, pero llevaba la medicina, había cumplido el encargo de mi madre.

Cuanto más me acercaba me invadió una gran tristeza, mi casa estaba ahí; lucía ajena, como si ya no fuera mi casa, algunas personas se esmeraban en hacer algunos arreglos; me acerqué temerosa, miré a mi hermanito vestido de blanco entre ramos de flores del campo, pálido y triste, muy triste. Estaba tendido en medio de la casa. Se murió esperando la medicina, la medicina que yo llevaba en la mano y que mi madre me encargó con prontitud. Me di cuenta que mi madre me miraba insistentemente, no había perdón en sus ojos, en ellos sólo miré rabia y coraje. No pude resistir más, salí huyendo; huí lejos, tropezando por el bosque; no supe hasta cuándo; sólo me vi convertida en esta repugnante criatura, en este horrendo ser que purga su culpa; no mediante su visión espantosa, sino con el dolor del arrepentimiento tardío. Los hijos deben obedecer a sus padres. En ese instante del acto el ente cambió su monótono monólogo por un quejumbroso sollozo que erizó los pelos de Lupe, al tiempo que una espantosa sensación le recorría la piel. Cuando Lupe despertó del desmayo se vio rodeado de las burlonas sonrisas de los curiosos; Bruna furiosa le rociaba alcohol en la nuca mientras el muchacho permanecía postrado y mareado sin fuerzas para dar un paso.